

Acerca de Ferrerira Gullar

José Manuel Caballero Bonald

EL POETA CABALLERO BONALD, PARA QUIEN LA TENSIÓN ENTRE POESÍA Y REALIDAD HA SIDO DETERMINANTE, ESCRIBE SOBRE UN POETA DE SU ESTIRPE FERREIRA GULLAR.

La primera noticia que tuve de Ferreira Gullar fue a través de una *Antología da nova poesia brasileira*, de otro Ferreira, Ferreira de Loanda. Era la segunda edición, publicada por Orfeu en 1970. Ahí descubrí también, o releí, a otros relevantes poetas brasileños centrados en 1945, como Thiago de Melo, Ledo Ivo, Cabral de Melo... y Ferreira Gullar, del que se recogían sobre todo poemas de su primer libro importante: *La lucha corporal* (1954). De pronto me encontré con un poeta que me produjo una primera sensación de asombro. Bueno, no sé si de asombro o de seducción. Es como si hubiese descubierto que hay palabras cuyo significado yo no había alcanzado del todo, palabras que disponen de un raro poder comunicativo que no es el que habitualmente tienen. Algo así.

Ferreira Gullar utiliza un singular aparato lingüístico, donde se mezclan las gramáticas de vanguardia y las formas coloquiales, el alarde más culto y el aporte más popular. Se ha dicho que ese lenguaje poético puede estar emparentado con el narrativo de Guimarães Rosa. Estoy de acuerdo. Nunca he olvidado la lectura fascinante de *Gran Sertón: Veredas*, en la magnífica traducción de Ángel Crespo (creo que la única que mereció la aprobación entusiasta de Guimarães). El dialecto del estado brasileño de Minas Gerais y una entrecortada y tensa desfiguración del portugués culto animan, como bien se sabe, la prosa extraordinaria de Gui-

maraes, que puede emparentarse con la de Joyce en el sentido de la ambición indagatoria, de la búsqueda de equivalencias léxicas, sintácticas, morfológicas entre la literatura y la realidad. Ferreira Gullar está en esa línea, sobre todo a partir de sus decisivas aportaciones al movimiento neoconcreto y de su *Teoría do nao-objeto (del no-objeto)* que es de 1959.

Ferreira Gullar nació en 1930 en San Luis de Maranhão, en el nordeste brasileño, y yo creo que nunca ha dejado de regresar a ese origen en busca del mapa de su imaginación poética, de los nutrientes de su obra. Incluso de su obra plástica, esas geometrías refulgentes como poemas en las que siempre ha dejado la impronta de su personalidad como conocedor del arte. «Mi pueblo y mi poema crecen juntos / como crece en el fruto / el árbol nuevo», dice en un poema, y de eso se trata justamente, es como una declaración de principios. Y dijo otra vez en prosa: «Soy un forajido y un superviviente», y eso también está muy bien, tiene algo de metáfora de una actitud creadora y, a la vez, de irónico recordatorio de su peripecia vital y política, iniciada en las filas del partido comunista brasileño. Recuérdese su papel de abanderado en la lucha de los intelectuales contra la dictadura, o contra los militares que se sucedieron en el poder entre el 65 y el 85. Sufrió a partir de entonces persecuciones y represiones y tuvo que exiliarse primero en Moscú y luego en Santiago de Chile y Buenos Aires. Una experiencia recogida obviamente de algún modo en su poesía.

Me gustaría centrarme en el libro de Ferreira Gullar que más presente tengo en estos momentos: *Poema sucio*, publicado por Visor hace justamente diez años y traducido por Pablo del Barco, solvente traductor también de Pessoa o Machado de Assis. Ese libro me conmovió en su día y ha vuelto a conmoverme cuando lo he releído ahora. Su singularidad manifiesta no depende tanto de que haya asumido todas las vanguardias posibles (o sea, incluyendo el dadaísmo) para ir las desdeñando consecutivamente, sino de su capacidad de análisis de la propia experiencia. *Poema sucio* contiene multitud de registros humanos y literarios y supone un ejercicio torrencial de autocritica y de crítica de la vida. Tiene algo de almacén acumulativo de voces dispersas fundidas en un unitario crisol verbal. El poeta infringe las normas, se enemista con los

preceptos, incluso desobedece a la tradición. Y ya se sabe que la gran literatura está hecha por grandes desobedientes.

En una entrevista publicada en España hace ya algún tiempo afirmó Ferreira Gullar que «el arte nos da lo esencial, pero excluye la vida». Y él ha tratado de desmontar ese axioma: ha tratado de incluir la vida en su arte. *Poema sucio* es un inmejorable ejemplo en este sentido. El poeta ha convertido la memoria en la materia prima de su trabajo creador. Por eso este libro tiene tanto de crónica particular de su experiencia de brasileño y de hombre de su tiempo, comprometido con la realidad histórica y los pequeños accidentes de la vida cotidiana. Un borbotón de verso y prosa, un volcánico despliegue de historias locales convertidas en símbolos universales, hace de *Poema sucio* un auténtico poema coral, colectivo, donde las voces se entrecruzan en una exultante simultaneidad evocadora. La maraña de los recuerdos conduce a veces al hermetismo expresivo de procedencia culta y a veces a un directo tono de canción popular. El mismo poeta lo advierte en un momento determinado del libro, señalando literalmente que un fragmento puede ser cantado con la música de una tocata de Villalobos, o bien dejando patente sin decirlo que la sola música del poema remite a la riquísima tradición musical de Brasil.

Tengo entendido que *Poema sucio* alcanzó una singular resonancia en toda Latinoamérica a poco de aparecer en el 75, el año de la muerte de Franco. Pienso que esa difusión triunfante no sólo se debió a que el poema fuera de algún modo un alegato contra la dictadura militar, sino a su propia entidad artística, a su auténtica calidad de río de la vida, a su caudalosa y vibrante potencia como monólogo dramático. Las reiteradas aventuras verbales y el extraordinario acarreo metafórico contribuyen admirablemente a enaltecer el material temático. Usaré como epílogo un conocido manifiesto de Neruda, abogando por una poesía «impura como un traje, como un cuerpo, con manchas de nutrición y actitudes vergonzosas, con arrugas, observaciones, sueños, vigili-as, profecías, declaraciones de amor y de odio...» Qué magnífica poesía impura la de Ferreira Gullar. En todo caso, ese es un atributo que muy bien puede aplicarse a toda su obra, en la que se instaura una libre y ejemplar transposición poética de la experiencia vivida ©

